

Centroamérica. El fetichismo de las remesas

José Luis Rocha

¿Para qué sirven las remesas, a quiénes sirven? Después de ser silenciadas, ninguneadas, ignoradas, hoy ocupan un lugar predominante en los análisis regionales. Pero habitualmente se las analiza con instrumentos financieros y monetarios. Cuando esto se hace así, quedan fuera del análisis las relaciones sociales y patriarcales que destruyen o construyen la micro-política familiar y que determinan la reducción del Estado que fomentan. En los análisis de impone una mirada menos ingenua y más responsable que tenga en cuenta de qué manera contribuyen a la creación de un estado de bienestar en el que exista una política comprometida con el empleo y con la creación de ciudadanía.

El dinero, poderoso caballero que además de sus denominaciones oficiales tiene mil apodos en Centroamérica, adquirió un sobrenombre especial: remesas. El monstruo polimorfo que comúnmente nos presentan en monedas y billetes, el que transformado en bonos es lanzado al trapecio de la bolsa, el que aparece aparentemente congelado en los certificados a plazo, el adelantado a sí mismo en una tarjeta de crédito, aquel al que innumerables veces le han simulado presencias fantasmales en espurias operaciones contables, tiene una nueva materialización con presencia universal: las remesas que envían los migrantes internacionales a sus países de origen.

De la opacidad a la claridad

Un aura sibilina rodea su nueva naturaleza. Se le atribuyen virtudes ca-

si mágicas, milagros de panacea, y es proclamado a bombo y platillo como nueva piedra angular del desarrollo local y nacional en el uso productivo de las remesas. ¿Qué tienen de especial estas donaciones externas que no lo tienen las donaciones de los familiares que viven dentro del país? ¿Los 70, 100 ó 200 dólares procedentes del exterior que recibe una familia deben ser forzosamente más productivos que los 300 que gana un pequeño cafetalero? ¿Por qué tanto lío con las remesas? Aparentemente, el dinero etiquetado como remesas tiene un carácter más público, más manipulable y sobre sus usos actuales o potenciales todos quieren tener una palabra.

Sucede que los ingresos transmutados en remesas tienen dos particularidades que incitan a su tratamiento especial. Por un lado, la mayor parte de los receptores de remesas son pobres, probablemente no son los más pobres, pero sus ingresos ordinarios son bajos y por eso requieren de la ayuda de familiares que residen en el exterior. Como los pobres tienen la mala fortuna de ser más públicos que las clases medias o altas, el periscopio y los preceptos del BID, las ONG y el Estado entran a sus finanzas para decirles qué hacer con sus migradólares. Por otro lado, el volumen de las remesas no deja lugar a dudas de su poder descomunal como disparador de la capacidad de consumo de un amplio sector de habitantes.

Las remesas que los migrantes centroamericanos envían a países centroamericanos alcanzaron en 2007, según estimaciones del BID, los 12.160 millones de dólares: 4.055 en Guatemala, 3.530 en El Salvador, 2.675 en Honduras, 990 en Nicaragua, 590 en Costa Rica y 320 en Panamá. Sea porque aumenta la capacidad de registrarlas o porque su volumen es realmente mayor, las remesas parecen crecer a un ritmo asombroso. Según la CEPAL, en los últimos 25 años, las remesas recibidas en América Latina aumentaron de 1.120 millones de dólares en 1980 a más de 40.000 millones en 2004. Con pequeñas fluctuaciones, las remesas se han duplicado cada cinco años. Los montos que reciben Guatemala, Honduras y El Salvador se multiplicaron más de diez veces en 1980-1990, al pasar de 55 a 649 millones de dólares, mostrando una fecundidad realmente asombrosa si consideramos que el número de ciudadanos que migraron en ese período desde esos países a los Estados Unidos sólo se multiplicó por cuatro.

Por diversas razones, estos enormes flujos de dinero habían pasado inadvertidos: las remesas se mueven en pequeños montos, de 100 a 200 dólares mensuales; los envíos ocurren fuera de los canales del sistema financiero formal, en compañías de transferencias internacionales y en los bolsillos de los migrantes o de sus familiares y amigos; y sus generadores y receptores son pobres, gente

Centroamérica. El fetichismo de las remesas

que no contaba como movilizadores de capital. El FMI, principal organismo encargado de controlar los flujos financieros, lanzó durante años los miles de millones de dólares de remesas al cajón de «errores y omisiones» de sus cuentas. Pero la importancia macroeconómica de las remesas ha resultado ser tan contundente que su invisibilidad no podía prolongarse por mucho tiempo.

Combinando las estimaciones del BID con las estadísticas de los bancos centrales centroamericanos podemos colegir que en 2006 las remesas, superaron el valor de las exportaciones en El Salvador y Honduras, y casi lle-

garon a ese valor en Nicaragua; alcanzaron un valor equivalente al de la mitad de las importaciones en El Salvador; y representaron la cuarta parte del PIB en Honduras. Con las excepciones de Costa Rica y Panamá, las remesas se han colocado en un lugar de honor en las cuentas nacionales centroamericanas y su peso es indiscutible y creciente: su valor está entre el 9,4 y el 25,5% del PIB, va del 60 al 173,5% del valor de las exportaciones, del 30,3 al 51,6% del valor de las importaciones, del 55 al 67,6% del valor del déficit comercial y del 88,7 al 153,5% del valor del déficit comercial con Estados Unidos.

2006 Volumen de remesas (millones de dólares)	Guatemala 3,610	El Salvador 3,316	Honduras 2,359	Nicaragua 950	Costa Rica 520
Remesas como % del PIB.....	9,4	17,8	25,5	18	2,34
De las exportaciones.....	60	173,5	122,3	92,47	6,3
De las importaciones.....	30,3	51,6	43,5	34,5	4,5
Del déficit comercial.....	61,2	67,6	67,6	55	15,5
Déficit comercial con EE UU.....	88,7	126,5	126,5	153,5	23,2

FUENTE: Cálculos propios con base en datos del Banco Interamericano de Desarrollo y de los Bancos centrales centroamericanos.

En Guatemala y El Salvador las remesas superan más de seis y siete veces, respectivamente, la inversión extranjera directa. En Honduras y Nicaragua las remesas suman el triple y el doble del valor de esta inversión. La CEPAL calcula que las remesas llegan al 17% de las familias salvadore-

ñas y al 11% de las guatemaltecas y hondureñas.

El Ministerio de Economía de El Salvador apunta como receptores de remesas al 28% de los adultos y al 21,4% de los hogares. La masa salarial de los salvadoreños que residen

en Estados Unidos fue del 127% del PIB de El Salvador en 2004. La mano de obra salvadoreña pagada en el exterior genera un ingreso per cápita seis veces superior al PIB per cápita de quienes son pagados en el interior, y su tasa de pobreza es casi la mitad de la que sus compatriotas enfrentan en El Salvador. Esos ahorros ingresaron a casi 358 mil hogares y se convirtieron en el 34% de sus ingresos.

El Salvador: país pionero

Las naciones centroamericanas tienden a comportarse cada vez más como hogares receptores de remesas. Estas actitudes son más evidentes en el caso de El Salvador, cuyo Estado tiene una muy activa *política de cabildeo* entre los senadores estadounidenses con logros importantes en la obtención de residencia para sus ciudadanos que viven en Estados Unidos y sucesivas renovaciones del *Estatus de Protección Temporal*, conocido por sus siglas en inglés como TPS. Esta actitud empieza a diseminarse en otros países del istmo, aunque El Salvador sea el pionero y señale la ruta.

Ocurre que las élites salvadoreñas son más despiertas a la hora de subirse a la ola de ciertas oportunidades estructurales, y han tomado la delantera, como lo hicieron también durante el Mercado Común Centroamericano en los años 60. Ocurre también que El Salvador tiene una econo-

mía más terciarizada que la del resto de países centroamericanos también receptores de remesas, una economía donde el sector servicios tiene más peso —casi el 60% de la población ocupada en 2005 y 64,8% del crecimiento económico en 1990-2004— y presenta el mayor crecimiento de población urbana después de Honduras entre 1980 y 2000 —de 44 al 55%—, pero con la diferencia de que ya en los 80 tenía una tasa muy elevada de urbanización. De hecho, incluso en zonas rurales el empleo agrícola está siendo desplazado: pasó del 61 al 44% del total del empleo entre 1980 y 2004.

En ausencia de un sector exportador fuerte y competitivo y de incrementos sustanciales en la productividad y rentabilidad, este milagro salvadoreño de terciarización y urbanización sólo es posible merced a las maquilas y, en mucha mayor medida, a un siempre creciente flujo de remesas. El Salvador es el país centroamericano que tiene los migrantes más rentables para su país. Este no es un dato novedoso. Según cifras de la CEPAL, entre 1980 y 1989 los emigrantes salvadoreños aumentaron en un 306%, pero sus envíos de remesas crecieron tres veces más, una situación sin paralelo en otros países de la región. En 1989 los emigrantes salvadoreños enviaban un promedio de 92 dólares de sus ahorros mensuales. Los guatemaltecos enviaban 41 y los nicaragüenses mandaron 20 dólares. En 2005 el Banco

Mundial calculó que los salvadoreños en el exterior aportaban, con sus remesas, 411 dólares per cápita a los salvadoreños en El Salvador. En Honduras el aporte es de 245, en Guatemala de 238, en Nicaragua de 155, en Costa Rica de 92 y en Panamá de 62 dólares per cápita.

Enfoque humanista de los estudios sobre remesas

Cuando el jesuita Segundo Montes fue el primero en estudiar las remesas de los salvadoreños en 1989, las remesas eran cosa de mujeres. Lo eran y son sus principales receptoras, como esposas y madres de los migrantes, en una oleada migratoria que se ha ido feminizando, pero que aún es predominantemente masculina. Esos dineros aparentemente minúsculos y pedestres estaban a años luz de entrar en el campo de interés de los grandes analistas. Apenas concluida la redacción de su estudio sobre remesas, una pionera y significativa contribución, Montes fue asesinado: un final trágico para el primer estudio sobre remesas en Centroamérica.

Otro jesuita, Javier Ibisate, economista formado en Lovaina, retomó la antorcha y en sus cursos de macroeconomía, a inicios de los años 90, bautizó a las remesas con el mote de «probredólares» para subrayar su poderosa función como flujos moneta-

rios determinantes de la economía de posguerra. Insistía en que se debía interpretar correctamente los informes de las cuentas nacionales, donde las remesas aparecían camufladas en las partidas de transferencias y omisiones. Aunque en 1990 el monto total

el gremio de los apologistas entusiastas ha sido el más numeroso y locuaz; este grupo sostiene que la interrelación entre remesas y desarrollo encierra un potencial aún no explorado, encomian el papel de las remesas como sustantivas de los sistemas institucionales de crédito

de remesas en El Salvador era de sólo 322,7 millones —el 6,7% del PIB—, Ibisate las identificó visionariamente como abono al boom de la construcción y a las desenfrenadas compras de electrodomésticos.

En 1991 el también jesuita Peter Marchetti fue uno de los primeros en mencionar las remesas en especie de los centroamericanos y un pionero en subrayar el carácter recíproco de ese intercambio, perceptible en la doble canalización de los envíos. Por un lado los emigrantes remiten dinero y mercancías, por otro los residentes

nacionales mandan productos al exterior, generalmente artesanías. Tanto Montes como Marchetti condujeron sus investigaciones auspiciados por

la CEPAL. Después vino una avalancha de estudios, y ahora las remesas son cosa de hombres y de analistas de alto coturno.

	EL SALVADOR		GUATEMALA		NICARAGUA	
	Emigrantes (miles de personas)	Remesas (millones de dólares)	Emigrantes (miles de personas)	Remesas (millones de dólares)	Emigrantes (miles de personas)	Remesas (millones de dólares)
1980	170	73,8	212,5	107,6	46,7	11
1989	690,2	759,4	500	248,1	255	59,8
Incremento porcentual ...	306	929	135	131	446	444

FUENTE: CEPAL.

Enfoque financiero de los estudios sobre remesas

Aunque algunos estudiosos denunciaron tempranamente cómo las remesas ayudaban a sostener modelos económicos socialmente inviables y otros han dado la voz de alarma sobre la actitud de dependencia que diseminan y sobre la relación inversamente proporcional entre volumen de remesas y políticas migratorias benévolas, el gremio de los apologistas entusiastas ha sido el más numeroso y locuaz.

Este grupo sostiene que la interrelación entre remesas y desarrollo encierra un potencial aún no explorado. El FMI y, con más énfasis, el BID abogan por orientar las remesas hacia la creación de pequeñas y medianas empresas. Encomian el papel de las remesas como sustitutivas de los sistemas institucionales de crédito y las conside-

ran como un combustible financiero con vasto potencial para activar el desarrollo, a condición de que sean «bancarizadas». Se tiene en alta estima el impacto que tendrían las remesas en el desarrollo si entraran al sistema financiero.

La empresa privada y el Estado son invitados a diseñar los incentivos adecuados, reformular los marcos financieros regulatorios, reducir los costos de transferencia, capacitar a las cooperativas de crédito, mejorar la transparencia, promover la libre competencia, expandir los servicios financieros e incentivar la adopción de nuevas tecnologías entre los pobres. Ésas son las estrategias para allanar la ruta hacia los usos productivos de las remesas y hacer de éstas un instrumento de desarrollo.

Este sesgo predominantemente monetarizado e instrumentalizador ha

tenido su impacto en la producción de conocimiento sobre las remesas, concentrando la agenda de investigación, dentro y fuera de la academia, en los aspectos netamente financieros y ligados a propuestas de desarrollo que no explicitan sus presupuestos ni sus derroteros, y que eluden mencionar los conflictos políticos y socioeconómicos de las sociedades donde aterrizan las remesas.

Ciertos temas han llegado a convertirse en dominantes, delimitando incluso lo que es legítimo analizar, y cómo y para qué se lo estudia. En Centroamérica, una década de tratamiento del tema no refleja un notorio enriquecimiento de la perspectiva.

El Informe sobre Desarrollo Humano del PNUD en El Salvador, que en 2005 procuró lanzar una mirada más compleja, es uno de los más sofisticados y completos estudios sobre el tema. Pero, urgido por los requerimientos de un informe, no profundizó en muchos aspectos ni explicitó sus muchas interrelaciones. Algunos académicos han ampliado la perspectiva, reseñando los vínculos entre remesas, poder y problemática de género. La corriente predominante destila las remesas hasta obtener su quintaesencia más etérea. Las abstrae de las interrelaciones socio-culturales en que se generan, transfieren y consumen.

Datos insuficientes

La obsesión por las cifras se ha convertido en una especie de idolatría y en una pretensión de reducir toda la dinámica de las remesas a ascensos y descensos en sus volúmenes y a cambios en el perfil de los remitentes y receptores, creando una serie de problemas. En primer lugar está el problema de la diversidad en las formas de cálculo.

Distintos métodos arrojan cifras muy variadas. En 2004 el BID estimó que

la remesa puede venir en billetes o en especie, pero también en los bolsillos de un migrante que retorna después de cuatro años en Estados Unidos o en paquetes de 700 dólares con los migrantes temporales

Nicaragua había recibido un total de 850 millones de dólares de remesas, mientras el Banco Central de Nicaragua registró 519 millones para ese mismo año. Usando el mismo método que el BID, el Banco Mundial las redujo a 600 millones en 2005. Y es que tanto el BID como el Banco Mundial basan sus cálculos recopilando

información casi exclusivamente mediante encuestas. Las encuestas se aplican en Nicaragua y luego se multiplica la cifra promedio de remesas por el volumen de nicaragüenses en el exterior. El problema es que no todos los migrantes envían remesas, porque algunos están recién llegados a país de destino y otros ya rompieron el cordón umbilical con su país y la familia que dejaron atrás.

Incluso el mismo cálculo de la cantidad de migrantes se sitúa sobre arenas movedizas. Entre las estimaciones del censo nacional estadounidense y las del *Pew Hispanic Center* hay una diferencia de cientos de miles. Cuando el cálculo de los migrantes se hace en el país de origen, encontramos que los censos nacionales de Nicaragua preguntan únicamente por los emigrantes que salieron de los hogares existentes, haciendo caso omiso de los hogares que migraron íntegros, de los que no ha quedado nadie para contarlos.

El Banco Central de Nicaragua, cuyo método merece poca credibilidad para el BID, basa sus estimaciones —para el 80% del total— en los intermediarios financieros formales, como los bancos y empresas de transferencia. El 20% restante es el producto de dos factores: el total de hogares receptores y una cifra fija que resultó de calcular el monto promedio que recibe cada hogar.

Ambos métodos son muy falibles y adolecen de serias imprecisiones con-

ceptuales, que suponen desestimar el carácter polifacético de las remesas. La remesa puede venir en billetes o en especie. La remesa en billetes también es muy variopinta: puede venir mensualmente en pequeños abonos de 150 dólares, pero también puede venir en los bolsillos de un migrante que retorna después de cuatro años en Estados Unidos trayendo consigo 17 mil dólares para construir su casa en San Vicente, Santa María Chiquimula, Tocoa o Managua. O puede venir en paquetes de 700 dólares con los migrantes temporeros que van a Costa Rica durante tres meses a la cosecha de café o de melón y luego retornan a tomar «vacaciones» a Posoltega, El Arenal o Santa Rosa del Peñón.

En este caso, ¿a qué debemos llamar remesa? ¿A los ahorros que los migrantes generan en el exterior de sus países y que envían o traen consigo, o solamente al dinero enviado desde el exterior a través de ciertos canales? Todo esto no se dice, o se dice poco y en voz muy baja, pero evidencia fragilidades no confesadas que socavan la verosimilitud de muchos cálculos y afirmaciones.

Un fetiche con resultados mágicos

La predilección por la remesa—dinero nos coloca sobre la pista de una característica de los estudios dominantes sobre remesas: el fetichismo, que sitúa al dinero como la forma pura de

riqueza universal, abstraída de su contexto y mutilada de su carácter de cruce de relaciones sociales. La cifra de los volúmenes de remesas ejerce un poder hipnótico. Aparece así la ecuación simple: más remesas significan más oportunidades de desarrollo y más posibilidades de inversiones productivas. El fetichismo de numerosos estudios consiste en tomar las remesas como un objeto mágico, cuyos volúmenes obran por sí mismos un efecto benéfico en sus receptores.

La fuente de la ganancia y todo el proceso de producción quedan ocultos y el capital cobra existencia independiente, es decir, reviste su forma fetichista más pura. El fetichismo implica ignorar las relaciones sociales que subyacen para atribuir al dinero propiedades que le son presuntamente intrínsecas. Aparece entonces un dinero que es propiedad «impersonal» y no determinado localmente. Es impersonal porque es poder social universal y vínculo social universal. No importa quién lo tenga ni en qué condiciones lo obtuvo o cómo lo gasta. No es determinado localmente porque se extingue toda particularidad de las relaciones que lo determinan: las condiciones políticas, sociales, patriarcales, etc. Aparentemente dejan de enfrentarse los seres sociales con sus productos y sus idiosincrasias para dejar que se enfrente el dinero. Las relaciones quedan ocultas porque la formulación de los grandes

analistas hace que las relaciones adopten esa forma indiferenciada promedio que es el dinero. Y el dinero no es universal ni indiferenciado: está afectado por los bandazos de distintas estrategias de acumulación. Entre otras, las del casino global.

Desafortunadamente, esa forma fetichista es la que impregna los desabridos discursos del BID y el Banco

*los hallazgos hablan de que
hubo inversión en la casa,
pero no en qué consistió
específicamente la inversión
y cuál es su significado para
esas personas, no nos dicen
cómo se administran las
remesas, no hablan de las
tensiones interpersonales
que sus flujos generan, ni del
rol político que juegan*

Mundial, discursos interesados en ocultar estrategias financieras y políticas de los grupos dominantes. La simplificación fetichista soslaya el esfuerzo que supone concebir a las personas como suma de transacciones sociales. La caracterización de los hogares receptores de remesas y de quienes las envían se ha centrado en

el volumen de ingresos, la distribución geográfica, el sexo, las actividades económicas, la antigüedad de la migración, el nivel de escolaridad, las tasas de irregularidad en el estatus migratorio, la frecuencia de los envíos y sus medios y costos, el destino de las remesas, los grados de parentesco entre receptores y emisores, su posición en la distribución nacional

estos reduccionismos apuntan hacia una visión cándida y no conflictiva de la sociedad que atribuye a las remesas un rol mesiánico; romper con esta visión por lo que toca al manejo de las remesas significa superar el fetichismo que sacraliza las remesas como instrumento de desarrollo prescindiendo de su incardinación socio-económica, política y cultural

del ingreso, su relación con los bancos y sus conocimientos financieros.

Los hallazgos hablan de que hubo inversión en la casa, pero no en qué consistió específicamente la inversión y cuál es su significado para esas personas. No nos dicen cómo se administran las remesas. No hablan de

las tensiones interpersonales que sus flujos generan. Ni del rol político que juegan en determinada concepción del contrato social y el estado de bienestar. Tampoco de su papel en los procesos de acumulación mundial. No hablan de las remesas que vienen en forma de objetos ni de su significado en el actual contexto cultural.

La piedra angular del proyecto liberal

Los estudios que contemplan el aporte de las remesas —expresado meramente en volúmenes monetarios— contribuyen a una mistificación de las remesas semejante a la mistificación de las mercancías. Las propuestas de «bancarización» de las remesas no tienen en cuenta su significado, como si el significado del dinero estuviera enteramente desligado de su forma de desplazarse, de cómo el entorno social exige determinadas formas de consumo, de qué posición social ocupan quiénes lo reciben, del entorno político-económico y de las relaciones de poder entre quienes reciben y quienes envían. Los fenómenos concebidos como «netamente económicos» son presentados como más cercanos a las soluciones técnicas que a la «suciedad política». Esa visión no conflictiva es una piedra angular de la ideología que perpetúa el sistema. El fetichismo está al servicio del proyecto liberal de cambios graduales y reformas paulatinas.

En estas simplificaciones operan por lo menos cuatro reduccionismos conceptuales: el concepto de dinero/remesa como un volumen monetario —no como una expresión de interrelaciones—, la remesa únicamente como dinero, el intercambio de bienes como una actividad que sólo ocurre entre los márgenes del mercado y el flujo envío-recepción como una dinámica unidireccional: el migrante envía remesas por altruismo o por egoísmo y el familiar en el país de origen las recibe pasivamente. Las remesas son presentadas —como mercancías, trabajo y consumo— abstraídas del conjunto del esquema social.

Estos reduccionismos apuntan hacia una visión cándida y no conflictiva de la sociedad que atribuye a las remesas un rol mesiánico. Romper con esta visión por lo que toca al manejo de las remesas significa superar el fetichismo que sacraliza las remesas como instrumento de desarrollo prescindiendo de su incardinación socio-económica, política y cultural. Porque para pensar el desarrollo, hay que problematizar e ir más allá de la abstracción inicial. Esto supone abordar el conflicto en por lo menos tres ámbitos.

El primero es el papel de las remesas y de los movimientos migratorios en los grandes procesos mundiales, regionales y nacionales; el segundo es el de la concepción del Estado, el estado de bienestar, la política de em-

pleo y la ciudadanía; y el tercero es el ámbito de la micro-política familiar, donde las remesas son parte de un intercambio —bidireccional y a veces multidireccional— de bienes y servicios que trasciende la jurisdicción del mercado.

Penetrar en este ámbito nos aproximará a un enfoque que nos permite enfocar muchas facetas de las remesas y de las transformaciones que producen y permanecen ocultas en los enfoques fetichistas. Abordar esos tres ámbitos nos lleva a preguntarnos qué significa ese movimiento de dinero en el sistema de acumulación capitalista y sus interrelaciones mundiales. El resto de este texto trata del segundo ámbito. Los otros dos serán objeto de próximas reflexiones.

Estado de bienestar, trabajo y ciudadanía

El poder hipnótico del término *remesas* concentra su atención en sus usos y efectos directos y tiende un velo sobre sus diversas funciones sociales. Tenemos que correr ese velo para que las remesas muestren sus rostros y sus metamorfosis.

El dinero tiene muchas funciones. Su apariencia llamada *remesas* también las tiene. Sólo se manifiestan si picamos el repello del fetichismo. Hay que nombrar esas funciones y luego explicitar sus vínculos con los acuerdos y desacuerdos del contrato social

que las moldea y les dice qué ser y cómo. Las remesas tienen muchas personalidades a la vez. Son ahorros de los migrantes en los países donde residen que se convierten en ingresos/donaciones en los países receptores. Son parte de la masa salarial de los emigrantes que, sin ser oficialmente considerados como impuestos, se transforman en indemnización por desastres naturales, compensación por pobreza y seguro de paro, vejez, invalidez y muerte en los países receptores.

Los condicionantes estructurales hacen que las remesas vengan con una etiqueta que define la función de cada una de sus porciones y el origen y destino de ellas como un todo: impuestos, seguro, pensión de vejez, donaciones, subsidio, ahorro, inversión en salud, etc. Las remesas no son lo que quieren ser, sino lo que pueden ser. Una de sus facetas más aplaudidas es su efecto sobre la reducción de la pobreza y la desigualdad. El informe del PNUD de 2005 en El Salvador destaca que entre los hogares receptores de remesas, el 74,2% obtuvo ingresos superiores a la línea de pobreza (no pobres); entre las familias que no reciben remesas, el porcentaje de hogares no pobres fue menor, 63%. Apenas el 5,7% de los hogares receptores de remesas se encontró en situación de extrema pobreza, mientras que en las familias que no reciben remesas, el porcentaje correspondiente fue 14,5%, esto es, más del doble.

Puesto que las remesas representan la tercera parte de los ingresos en los hogares que las reciben, en un escenario contrafáctico donde se suprimieran las remesas, el porcentaje de hogares receptores en extrema pobreza saltaría del 5,7 al 37,3%. En el sector rural el salto sería del 7,6 al 48,5%. En los materiales de la vivienda y el acceso a servicios públicos, los hogares con remesas reportan una notoria superioridad respecto de los hogares sin remesas: 90,2 frente a un 76,5% en la conexión eléctrica y 65,5 *versus* 55,8% en el abastecimiento de agua por cañería dentro o fuera de la vivienda.

Como desconocemos la situación original de estos hogares, y es sabido que no migran los más pobres, pues hay que tener al menos 5.000 dólares en el bolsillo para pagar al enlace, es preferible una visión dinámica del fenómeno. En este sentido es significativo que Baumeister encontrara que entre las encuestas de nivel de vida de 1998 y 2001, el 48% de los hogares de Nicaragua que pasaron de pobres a no pobres fueron receptores de remesas.

También desde una perspectiva dinámica es significativo que algunos autores destaquen que en El Salvador, en 1996, la pobreza afectaba a más de la mitad de los hogares, y en 2004 a sólo el 34,5%; y que la pobreza extrema pasó de afectar al 26,3 al 15,2% de las personas. En el caso de Guatemala, según el análisis de la Organiza-

ción Internacional para las Migraciones (OIM), en el período de 2002 a 2005, el volumen de remesas, comparado respecto al PIB, pasó del 6,8 al 9,5%, un incremento del 40%, de donde se colige que sólo el efecto de las remesas contribuyó a reducir los niveles de pobreza en un 6,4% en apenas cuatro años.

Una solución atomizada

Entre fanfarrias y ditirambos hay que insertar un dardo pesimista. Estos efectos mágicos de las remesas ocurren sin que al gran capital se le toque un pelo y, en consecuencia, sin un trabajo estatal fruto de una presión ciudadana que busca revertir la inequidad por vías políticas. Como contrapeso a este proyecto se desencadenan millares de reacciones individuales y familiares que mitigan la inequidad. Se trata de millares de proyectos que prescinden del Estado como instrumento y recurren al mercado como linimento.

Las reacciones atomizadas se están multiplicando. Se manifiestan en vanos intentos de domesticar el caos: las pandillas juveniles que gobiernan micro-territorios, los migrantes que se van en busca de escenarios menos caóticos, los que se quedan buscando migrar de estatus y abrir ventanas hacia el sueño americano a punta de remesas. Ninguno busca transformar

los Estados. ¿Buscan nuevas formas de hacer política?

Aun cuando la mayor parte de las salidas son individuales, también podemos identificar soluciones grupales, sin que activen nuestro optimismo. Por lo que toca a las remesas, existen iniciativas que han despertado un entusiasmo que merece suspicacia, como las asociaciones

en el modelo asumido desde los 90, las remesas han hecho las veces de seguro de paro, mitigador de riesgos, pensión de vejez, seguro de cosechas y financiación de la educación y la salud; las remesas están evitando que la cobertura de los servicios de salud y educación caiga más

de migrantes salvadoreños que negocian con los gobiernos centrales y municipales los programas 2 x 1: un dólar del nivel central y otro del nivel municipal por cada dólar que ponen las asociaciones de migrantes.

Las tendencias de este modelo para el caso nicaragüense podemos verlas en el cuadro, donde queda plasmado el

simultáneo ascenso del peso de la remesas en el PIB, el incremento del número de habitantes por cada médi-

co y el descenso relativo del gasto público en salud y el salario real promedio en la agricultura.

<i>Nicaragua</i>	1900-1992	2001-2002	2005-2007
Remesas como porcentaje del PIB	4,6	8	18
Gastos públicos en salud como porcentaje de PIB ..	5,1	4,3	3,4
Habitantes por cada médico	1.800	2.400	2.500
Salario real promedio en agricultura (base 100)	100	78	55

FUENTE: Cálculos propios con base en estadísticas de la CEPAL y el Banco Central de Nicaragua.

El gasto en salud o educación per cápita o respecto del PIB no necesariamente son indicadores de la voluntad política estatal de invertir en salud o educación, y mucho me nos de efectos reales en la salud y la educación. La inversión pública puede incrementarse —como ha ocurrido en el sector de la educación—, pero sólo para ir al tragante de los megasalarios de las cúpulas partidarias que salen premiadas en la lotería electoral. Una muestra del escaso efecto que tiene la inversión estatal en educación es perceptible en el descenso de las matrículas y el ascenso de la tasa de analfabetismo y la deserción escolar. Los índices de eficiencia del gasto público en educación para la matrícula bruta en secundaria son lamentables en toda la región: van desde el 0,46 de El Salvador al 0,26 de Honduras, en una escala de cero (ineficiente) a uno (eficiente).

La convivencia de los elementos indicados en el gráfico es en realidad pa-

rasitismo de unos con otros: la depresión de los salarios reales incita a migrar y al envío de remesas para rescatar a quienes se quedan. Las remesas compensan —¿y posibilitan?— la ineficacia y la retirada estatal de la inversión social. En el modelo asumido desde los 90, las remesas han hecho las veces de seguro de paro, mitigador de riesgos, pensión de vejez, seguro de cosechas y financiación de la educación y la salud. En Nicaragua, los hogares receptores de remesas gastaron en 2004 entre 154 (BID) ó 114 (Banco Mundial) millones de dólares en educación con las remesas recibidas, según una estimación de un 19% de las remesas invertido en educación.

Un estudio de la Red Nicaragüense de la Sociedad Civil para las Migraciones de 2006 estimó que el 13% de las remesas se destina a salud. De acuerdo a los cálculos del BID, esto significa un gasto de casi 124 millones en 2006, es decir, probablemente

Centroamérica. El fetichismo de las remesas

más del 30% del gasto total en salud y del 75% del gasto de las familias en salud. Las remesas están evitando que la cobertura de los servicios de salud y educación caiga más. El modelo se sostiene a base de un mecanismo de expulsión–atracción: expulsión de migrantes y atracción de remesas.

Las remesas —rebautizadas como inversión en salud, educación, pensiones, etc.— revelan la tendencia a privatizar el bienestar social, lo cual supone desandar un camino que costó mucha sangre y mucho tiempo y una despolitización porque se —enuncia a demandar esos servicios al Estado.

A la postre, las remesas son a la vez un síntoma, un afecto y un abono del colapso de la «Estatidad». El efecto redistribuidor de las remesas es, por consiguiente, un regalo envenenado. Porque son el beneficio de muchas familias, pero una estrategia desconcertada, desideologizada, atomizada y, por ello, más proclive a ser cooptada en una estrategia de las élites.

Dado que la concentración de la riqueza trae problemas sociales, las remesas entonces cumplen con otro rol: se convierten en instrumentos de redistribución sin costo alguno para las finanzas estatales y para los bolsillos de los contribuyentes.

Son un mecanismo de descompresión social. Una renuncia a la redistri-

bución por la vía política. Una despolitización de la reducción de la pobreza. Y también tienen un efecto perverso sobre los mecanismos de movilidad social, porque las remesas, en su rol de sustitutas del Estado de

*revertir esta situación tomará
mucho tiempo, sudor e
imaginación porque requiere
una rebelión cultural contra
las seductoras sirenas del
mercado, un trabajo
desmitificador contra el
poder hipnótico de la
ideologías que hacen de las
remesas un fetiche*

bienestar, separan el ingreso del empleo. Y así la posición como trabajador se desvincula crecientemente de la posición de clase, con lo cual se refuerza la despolitización y la evasión del conflicto: la mejora de la calidad de vida está puesta en un «más allá» terrenal, pero «más allá» al fin y al cabo. Nada de lo que se hace en el «aquí y ahora» repercute positivamente sobre el bienestar familiar, excepto el cultivo de frecuentes y amables relaciones con quienes lograron llegar al «más allá».

Las remesas contienen los antídotos sistémicos para que las transformaciones sociales vean extinguirse su virulencia antisistémica. Las remesas se insertan en una fractura ideológica: la renuncia de los migrantes a buscar el desarrollo de un país plasmada en su decisión de «cambiar de país» antes que «cambiar el país», y la renuncia de los receptores de remesas a mantener las elementales conquistas de los trabajadores.

Algunos hablan de un Estado binacional para referirse a esta transferencia desde el Norte al Sur, y desde el Sur relativamente más solvente al Sur inviable. No hay Estado binacional. Los Estados están siendo desmantelados. Hay una virtual binacionalidad convertida en instrumento para canalizar ahorros de los pobres de los países industrializados hacia el Tercer Mundo. Los países subdesarrollados ahora reciben una ayuda al desarrollo atomizada, que pesa sobre los hombros del sector más pobre y marginado de los países industrializados.

Hay dos formas de transferencia de donaciones desde los países industrializados. Una pequeña y en bloques, que pasa por las arcas del Estado y se extrae de todos los contribu-

yentes —o que pasa por las ONG procedente de sus filántropos—, para quienes representa una parte insignificante de sus ingresos. Otra más voluminosa y atomizada, que se extrae únicamente de un grupo selecto de los contribuyentes —los más marginales—, para quienes representa una porción significativa de sus ingresos y, con frecuencia, la totalidad de sus ahorros. Ambas ayudan a expandir los mercados que las empresas transnacionales necesitan y a eximir al Estado de las que han sido sus obligaciones durante décadas.

Revertir esta situación —de tendencia creciente— tomará mucho tiempo, sudor e imaginación porque requiere una rebelión cultural contra las seductoras sirenas del mercado, un trabajo desmitificador contra el poder hipnótico de las ideologías que hacen de las remesas un fetiche y una recuperación de las luchas políticas, tareas nada fáciles en un escenario donde predominan trabajadores y trabajadoras desmovilizados por el desempleo, abatidos por los bajos salarios, abocados a la búsqueda de soluciones atomizadas en el marco del rol de clientes que les ofrece el mercado, y decepcionados por los fracasos de las luchas revolucionarias. ■